Ana Amalia Schacht Gamiochipi: colimense y alemana

Mirtea Elizabeth Acuña Cepeda

Pablo Rodríguez Mata

Universidad de Colima

Introducción

Un documento del siglo XIX, relacionado de manera más profunda de lo que pudiera parecer al inicio de su lectura con la cultura alemana, nos condujo a una reflexión en el ámbito educativo en Colima, llevándonos al planteamiento de múltiples preguntas, cuyas respuestas no son fáciles de encontrar. La primera impresión que provoca esta lectura es de asombro ante la azarosa vida de una persona que se podría definir como anónima, pese a su pertenencia al grupo que tuvo en sus manos el dominio económico en Colima durante la segunda mitad del siglo XIX e inicios del XX. Ana Amalia Schacht Gamiochipi permanece ignorada por la historia oficial pese a su participación en la vida colectiva y en la educación en Colima.

Las actividades de los alemanes en Colima tuvieron que ver con la industria, el comercio y la agricultura, fueron dueños de las fábricas de hilados y tejidos, de aceite de coco, producción de energía eléctrica, almidón y otras, así como de haciendas. No obstante, hasta este momento se ha pensado muy poco en su influencia en la educación colimense. El nombre extranjero que en este aspecto hemos escuchado con frecuencia es del francés Enrique Mathieu de Fossey, quien llega de Oaxaca durante el gobierno de Ramón R. de la Vega (1862-1863); un gobernante preocupado por la educación femenina [Aguayo, 1973; 151, 152]. No obstante, se podría esperar algún grado de influencia cultural de una comunidad extranjera tan importante en la vida económica de un estado tan pequeño y escasamente poblado, 48,649 habitantes en 1869 y 77,704 en 1910, con la mayor población asentada en la ciudad de Colima:



30,404 en 1869 y 45,238 en 1910 [Acuña, 1993; 27-35].

Por otra parte, el documento de referencia plantea una cuestión de mayor dificultad acerca del nivel y tipo de instrucción de la mujer decimonónica de clase económica alta en el siglo XIX, en una región "dramáticamente esculpida por un escenario montañoso, dominado por el activo, y por lo regular, siempre humeante Volcán de Colima" y que, por lo mismo, durante siglos "se había constituido en una unidad socioeconómica distinta, y su carácter fue determinado por el tipo de geografía y por el clima que imperaba", lo que de algún modo obligaba a que sus habitantes "vivieran den-

tro de un espléndido y abundante aislamiento", quebrado de tanto en tanto por los inmigrantes que llegaban a sus playas [Floey, 1988; 45,46].

Preguntas

Los cuestionamientos que sirven de hilo conductor a este trabajo consisten básicamente en dos preguntas: ¿Cuáles fueron los principales rasgos de la influencia de la cultura alemana en la educación colimense en el siglo XIX? Y dentro de ese marco cultural y con un enfoque de género, ¿Cuál fue la participación de Ana Amalia Schacht en el contexto educativo de Colima en esa época? Presentaremos primero el contexto educativo del siglo XIX en Colima, entendiendo que educación y cultura son un binomio inseparable, lo cual permitirá analizar la influencia alemana en esa época. A continuación trataremos de modo brevísimo algunos aspectos de la vida de Ana Amalia Schacht, asunto que permitirá plantear algunas cuestiones de género en Colima, tomando en cuenta la variable de posición social y ascendencia germana. Finalmente se esbozan las conclusiones, a fin de rescatar los puntos principales derivados de este trabajo. En cuanto a la metodología, ésta consistió en el acopio y análisis posterior de los datos obtenidos de distintas fuentes, a fin de responder las cuestiones planteadas en la medida de lo posible.

I. El contexto colimense: educación y género femenino

Antes de abordar este punto, es necesario mencionar que entendemos a la educación como un proceso de transmisión de la cultura, es decir, de los conocimientos que cada individuo adquiere durante el transcurso de su ciclo vital; esa adquisición de la herencia cultural puede ser de modo formal, no formal e informal. Reducirla a las fronteras de la instrucción sería circunscribirla a los conocimientos que se imparten en la escuela y por tanto, quedaría descontextualizada del medio familiar, social, cultural, político y económico que rodea a las personas.

En cuanto a la influencia alemana en la educación, es conveniente señalar que no sólo se da a través de los profesores o de los pedagogos, como Enrique Rébsamen; también se puede entender como un fenómeno de transculturación y entonces no se limita al sistema escolar, sino que va mucho más allá y penetra en la vida cotidiana y aún en las tradiciones. Baste para ello mencionar el "Ante Colimense", un aporte de la repostería alemana mestizada por el contexto, ya que en su preparación entran frutas que no son producto del medio ambiente de Colima.

En el caso de la música, es posible recordar al maestro José Levy, fundador de la orquesta La Lira Colimense, originario de Alsacia, región cercana a Alemania, o al barón Othon E. de Brackel-Welda, quien obsequió un Álbum germánico-mexicano a don Christian Flor, cónsul de la Confederación Germánica ante el gobierno de Colima, y a su esposa, Stephanie Meillón, en ocasión de su matrimonio. El álbum consistía en una obra musical "*Die tochter des Kunstreiters*" [*La hija del cirquero*], compuesta por su esposa, Fernardine Freiin von Brackel, y un poema, colocados en una hermosa caja diseñada por el barón mismo [Romero de S., 1988; 48]. Los comerciantes alemanes también influían en las costumbres mediante el transporte de mercancías, pues transitaban por Colima múltiples objetos que llegaban desde Manzanillo al interior del país vía Guadalajara: "Los muelles se veían atestados de bultos de todas formas, al lado de cajas de ropa o ferretería, las enormes cajas de los pianos o los barriles de vino o de cerveza" [Torres Q., s/f; 192].

Manzanillo como puerto ha sido un factor de afluencia de extranjeros atraídos a las costas de Colima por diversas causas; pero el caso de los alemanes es notable, pues los que decidieron radicar en el estado se asimilaron al medio e influyeron en él: "En su mayoría fueron un factor importante de progreso" [Romero A., 1984;157], muchos de ellos contrajeron matrimonio con mujeres de la tierra y se dedicaron al trabajo, "con suficiente ilustración y cultura social, con preparación técnica muchos de ellos" [Romero A., 1984;157]. Entre esos inmigrantes alemanes se encontraba don Agustín Schacht, originario de Hamburgo y comerciante jefe de la casa Reimsch Schimilnskya, quien al radicar en Colima compra la fábrica de hilados y tejidos "La Atrevida", fundada por Oetling en 1850, y abre en 1867, la de "La Armonía" [Acuña, 1993; 178-187].

El maestro colimense don Gregorio Torres Quintero escribió: "En aquellos tiempos, el comercio de Colima estaba en manos de alemanes... Fuera del cónsul americano y del cónsul español, no conocíamos más extranjeros que alemanes" [Torres Q., s/f; 191]. "Son propietarios de casas construidas con buen gusto, con cuartos aireados y verandas sombreadas [...] Cercas bien firmes resguardan jardines, bodegas y establos" [Lewis, 1873; 185 – 206], y desde la casa de un alemán, ubicada al norte de la plaza, donde el viajero fue hospedado, se escuchaba música "ejecutada cada tercer día cerca de la fuente central del jardín principal" [Lewis, 1873; 210]. Foosey, cuya influencia educativa en Colima fue notable, observó que "luego que algunos negociantes de Hamburgo se

establecieron allí, y tomaron parte de las reuniones, en las diversiones [...] las costumbres se modificaron y los modales se pulieron [...] El honor de este afortunado cambio se debe principalmente a las damas colimenses, cuya inteligencia, buena voluntad y amabilidad les han dado un rango distinguido" [Fossey; 1857; 51].

Otro medio de transculturación ha sido el teatro, y es conveniente señalar que las gentes del siglo XIX podían disfrutar en Colima de funciones dos veces por semana, en "el edificio más raro de su especie [por] lo tosco de su construcción y techo de lona"; que, no obstante su aspecto rudimentario, dio cabida a importantes compañías que viajaban de Centro y Sudamérica hacia el centro de la República, a Estados Unidos de Norteamérica o viceversa, las cuales presentaban sus espectáculos ante un público formado por "una increíble mezcolanza de trajes abigarrados y figuras pintorescas". Lo notable fue que en Colima se podían tener las mismas oportunidades que las ciudades más importantes, de estar en contacto con las últimas novedades artísticas; las compañías más exclusivas recibían el aplauso de "indios de pantalones blancos sentados al borde de las tablas... mujeres en cuclillas... palcos llenos de damas elegantes o vestidas con los colores más chillones... hombres vestidos de charro, o con el traje más discreto de Europa" [Lewis, 1873; 215].

El proceso educativo en Colima durante el siglo XIX se enfrenta al problema de la escasa sistematización de la información en materia de instrucción pública. La situación se agrava cuando se trata de la instrucción privada y adquiere proporciones enormes en relación con la "educación" en toda su amplitud. Ramón León Morales explica la lucha de los colimenses para tener un sistema de enseñanza propio, ligado al vecino estado de Michoacán en el primer tercio de ese siglo; se trataba de un debate más político que pedagógico [León, 1995].

En lo que concierne a la educación escolar, en 1830 funcionaban dos escuelas gratuitas, una pública con fondos municipales, y otra a cargo de la parroquia católica: La Caridad. En opinión de los colimenses, la educación pública en Colima se encontraba en el abandono, pues estaba "mal servida" y "atendida por hombres ineptos" [León, 1995; 34, 35]. Para 1852, el número de escuelas públicas había aumentado a seis, había tres para niños y tres para niñas [León, 1995; 86], y los comentarios eran otros; en 1869, un viajero escribe: "visité las escuelas públicas en Colima [...] las encontré muy concurridas, y a los alumnos, de muy buen comportamiento e inteligentes. Las escuelas son gratuitas para todos y parecen estar bien valoradas" [Evans, 1971; 153].

En 1900, el número de escuelas para niñas supera ligeramente las de niños, situación posible gracias a varios factores, que posiblemente inician con el proyecto de educación de don Ramón R. de la Vega —especialmente diseñado para la mujer— quien durante su breve mandato, además de la Normal para mujeres, fundó el Liceo de Varones [Aguayo, 1973; 151,152]. Para de la Vega, la educación doméstica consistía en que la mujer adquiriera conocimientos útiles e indispensables para su desempeño en la vida como ama de casa y en sociedad, de ahí los tres rubros de su proyecto de educación: moral, física y económica, lo que lograría una mujer ilustrada y piadosa, apta para "cumplir su santa misión de hacer feliz el hogar, gobernar la casa y educar a sus hijos"... Visión conservadora y progresista a la vez [Castañeda C. S., 1988; 167].

Respecto a la educación religiosa o privada, ya se mencionó la escuela de La Caridad, que era para niños y niñas pobres. El Obispo Amador Velasco cita el Colegio de la Purísima, que según parece se dedicaba a la enseñanza elemental de los niños con ciertas posibilidades económicas, aquellos que más tarde continuarían sus estudios en el Seminario de Colima, en la Escuela Normal o bien se trasladarían a las ciudades de México o Guadalajara, para finalizar su formación en el nivel superior.

En 1906, se agrega a esta lista el Colegio del "Sagrado Corazón" o "La Paz" (nombre que se le da en 1916), con el apoyo del gobernador, don Enrique O. de la Madrid, quien "se distingue por ser un hombre que abre las puertas a todo lo que significa progreso y orden", y de la Asociación de Damas de María Inmaculada, presidida por doña Mariquita Castro, esposa del gobernador, así como por otras "damas voluntarias, interesadas en la formación de sus propias hijas" [ICC, Reseña 75 aniversario], con la intención de formar no sólo en el nivel elemental a las niñas colimenses, sino también profesoras católicas. Esta escuela estuvo dirigida por profesoras normalistas que se trasladaron con ese fin entre 1907 y 1916 a Colima: Ma. Guadalupe Melanche [ICC, 1876, Reseña 70 aniversario] y María Gertrudis Carriedo Méndez, egresadas de la Escuela Normal de Guadalajara y México, respectivamente [*La Voz de mi Colegio*, 1955; No. 6, p.8]. Sin embargo, el currículo de esta escuela sufrirá un cambio y hacia 1926 cerrará el programa de normal para profesoras.

Sobre la educación de las mujeres de clase pudiente en Colima, hasta donde hemos investigado en este

momento, en el siglo XIX, no asistían a escuelas públicas; la misma Ana Amalia Schachtm personaje central de este trabajo, recibió clases privadas y Matilde, hija del cónsul alemán Christian Flor, "aprendió a leer y escribir en su casa", "de su educación se encargaron una institutriz y un seminarista "pobre", acogido por mi abuela, Stephanía" [González Flor, 2004].

El profesor Gregorio Macedo corrobora lo anterior, ya que si bien había una escuela normal, muchas niñas de la clase pudiente recibían una educación esmerada desde la concepción de su formación de esposas y amas de casa. Para ello estudiaban música, es decir, aprendían a tocar el piano u otro instrumento musical; pintura, bordados, gancho o frivolité, en fin, lo que se puede contemplar como labores femeninas que permitirían a la mujer llevar el mayor lucimiento y mejor organización de sus hogares [Macedo, 2004].Esa formación era parte de la educación femenina de la clase pudiente, y todavía entre las alumnas del Colegio La Paz, la música era una materia obligatoria a principios del siglo XX, así como el conjunto de saberes femeninos designados como "formación familiar": cocina, costura, atención de invitados, etcétera [Orozco E., 2004, alumna entre 1921 y 1926]. Esta materia continuará formando parte del currículo en ese colegio hasta mediados del siglo XX, ya bajo el nombre de J. Jesús Ursúa: "Siempre ha sido esta clase una de las más interesantes, y sobre todo la más deseada por todas" [*La Voz de mi Colegio*, 1955; No. 2, 4].

Otra debió ser la educación de la clase obrera, mano de obra en las industrias extranjeras. Notemos la percepción acerca de la mujer en Colima de un viajero en 1864: "las jóvenes obreras [que] forman una deliciosa colmena; allí limpias, elegantes, coquetuelas, trabajan y sonríen [...] Estas niñas, tal vez condenadas a la miseria y con la miseria a una vida de perdición, son felices, se han hecho superiores a su sexo bastándose a sí mismas [...] El trabajo las ha redimido de la esclavitud del hombre, y del vicio" [Chavero, 1904; 91-92]. Al respecto, otro viajero anota que "La Atrevida" contaba con 80 empleados y agrega que de las fábricas de hilados y tejidos: "un número de estas niñas fueron recientemente a California a mejorar su condición, y que sus cartas desde San Francisco, dirigidas a sus amigos de Colima han creado un deseo general entre sus hermanas operarias de seguir sus pasos" [Evans, 1871; 151,152].

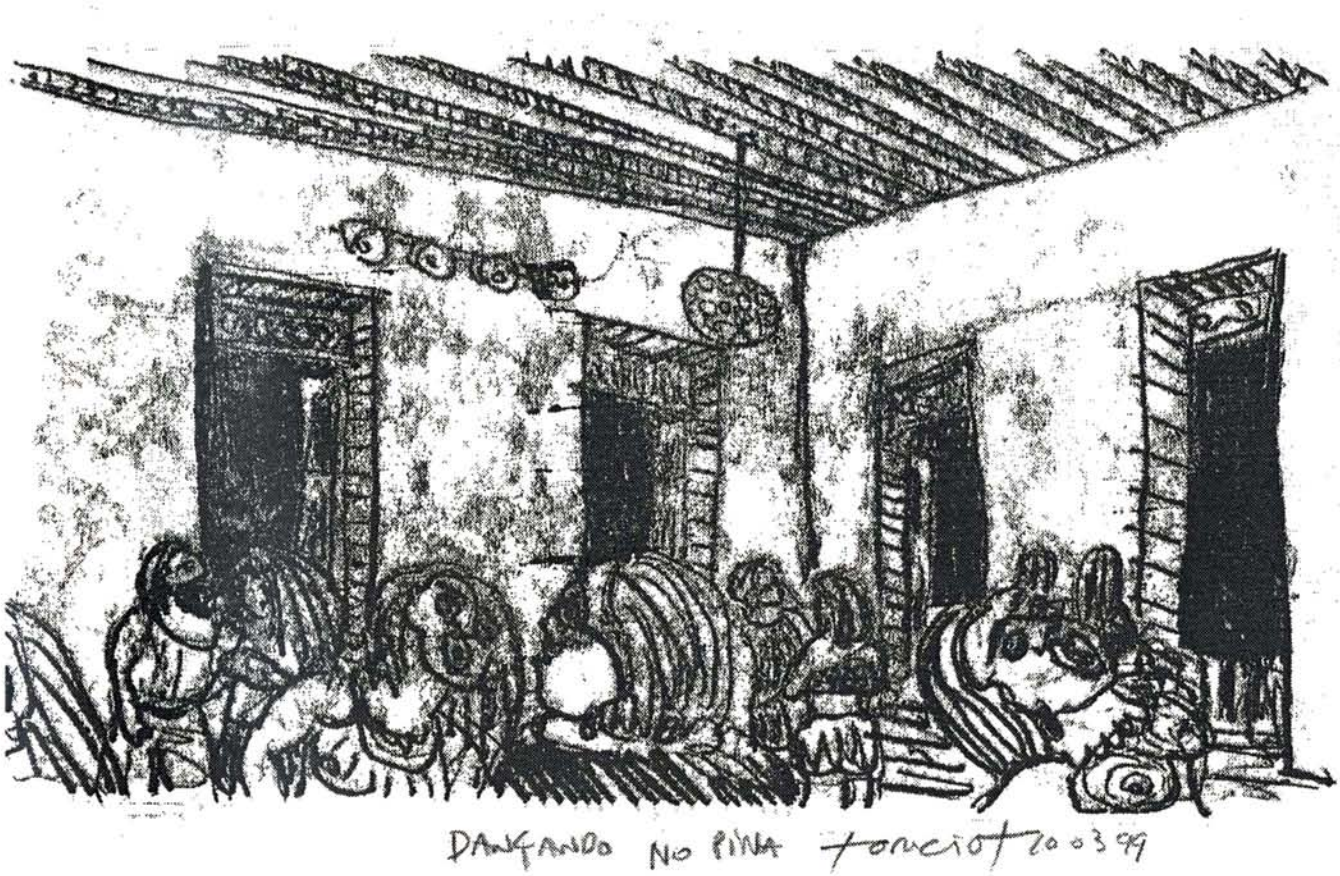
De las anotaciones de Chavero se desprende su asombro ante la conducta de las mujeres de Colima, más libres, según sus comentarios, que otras de su época; "Cualquier dama puede dirigirse en la calle a cualquier caballero y llamarlo compadre, aunque no lo conozca y sea la primera vez que le ve"; el viajero hace referencia a la costumbre colimota de pedir "mis perones padrino/madrina o compadre/comadre" y recibir una fruta el primero que lo dice. Más adelante, el viajero señala: "Día a día se ve a las bellezas de Colima paseando del brazo de sus adoradores, mientras que las mamás quedan en casa; y [concluye] no por eso hay más desafueros en esta buena ciudad que en otras que dan a la mujer vida de reclusa" [Chavero; 1904; 94-96]. Lo anterior permite tener una visión de la colimense según la percibió un viajero de principios del siglo XX.

II. El personaje: Una mujer llamada Ana Amalia

Ana Amalia Schacht Gamiochipi, segunda de cinco hermanos, cuatro mujeres y un hombre —Federico Christian—, nació en Colima el 15 de abril de 1862, en la casa No. 72 de la calle Zaragoza, construida por su padre poco antes de casarse a la edad de 38 años con Ma. Concepción Gamiochipi, de 16 años, celebrándose el matrimonio en el templo "del Beaterio" el 3 de noviembre de 1859. Sus abuelos paternos fueron Ana Amalia Oberdarfeo y Enrique Emiliano Christian Schacht, él pastor protestante de acuerdo con la boleta de matrimonio de Agustín Schacht [Amador V. Fuente, que en adelante no se citará]. Los abuelos maternos eran Delfina Manero, originaria de Durango y Antonio Gamiochipi, español [Schacht de Sh. E.].

En 1866, después de terminar su casa contra esquina de Catedral, en el portal Medellín (donde hoy se ubica el hotel Ceballos) la familia Schacht Giamochipi viajó a San Francisco California, donde radicó seis meses. A su retorno a Colima, Amalia aprendió las primeras letras de su institutriz, la insigne maestra Rafaela Suárez. Año y medio después —en 1868— don Agustín, guiado por el interés en la educación de sus hijos [Schacht de Sch. E.] se traslada a Hamburgo, donde vivieron cerca de la casa de los padres de Agustín y Amalia fue inscrita en un kindergarden en el que estudió la lengua alemana. En 1869, acudió a la escuela, "cursando sus estudios con distinción, aplicación y buena conducta". Además, recibió clases de piano y el Presbítero Teodoro Husing la instruyó en materia de religión católica, a solicitud de su madre.

Siete años después, en noviembre de 1876, la familia regresó a México; tras un largo viaje arribaron a su casa de Colima el día 27 de diciembre de ese año. En la tranquila vida de Colima, Ana Amalia, de 14 años "entra-



dos a quince" [Schacht de Shc. E.], se dedicó a la instrucción de sus hermanas menores "por no haber buenas escuelas entonces"; para ello, elaboró un minucioso plan de estudios que fue revisado por su padre, el cual impartiría con mucha puntualidad. No obstante esa tarea asignada por su padre, Amalia no descuidó su propia formación y continuó recibiendo clases de gramática castellana, aritmética, filosofía, francés y música, hasta su matrimonio.

El 18 de septiembre de 1882, contrajo matrimonio con el doctor Gerardo Orozco, una figura bastante conocida en la historia colimense; la víspera hizo la primera comunión en el templo de la Sangre de Cristo y fue confirmada por presbítero, más tarde Obispo de Colima, Sr. Amador Velasco, quien también daría la bendición nupcial a los esposos Orozco-Schacht. Poco tiempo después, el doctor Orozco fue enviado por el gobierno federal a Manzanillo para combatir la terrible fiebre amarilla, que devastó la población colimense. Gerardo Orozco no escapó al contagio, y el 17 de octubre de 1883 falleció en Colima; Ana Amalia quedaba viuda con una pequeña niña que también sucumbió a la epidemia.

Amalia se reintegró a su familia, que en 1887 se trasladó a vivir a la fábrica de hilados y tejidos "La Atrevida" (ubicada en la zona aledaña de Colima, hoy V. Carranza casi esquina con Av. de los Maestros); ella, con escasos recursos y no queriendo ser una carga más para su padre, aceptó trabajar como profesora de música en la Escuela Superior de niñas, y como era "una mujer capaz y activa", desde 1886 le habían encargado la administración de la lotería de la Junta de Caridad del estado.

En 1888, volvió a contraer matrimonio, con el doctor Conrado Castellanos. No se sabe cómo lo conoció o sí decidió casarse por referencias (algo más común de lo que pudiera sospecharse), ya que era amiga de Adela Castellanos, hermana de Conrado; lo cierto es que el acto civil se efectuó por poder, en Colima, con Gilberto Orozco como apoderado del Dr. Castellanos. La celebración religiosa se realizó en Lima, Perú, el 1 de diciembre de ese año, donde Amalia se reunió con su esposo, acompañada de su padre, su hermana Enriqueta y su cuñada Adela. Poco después se trasladaron a Brasil y de ahí a la ciudad de Valparaíso.

Lejos de su patria y de su familia, sin tener descendencia, Ana Amalia visitaba frecuentemente a las Damas del Sagrado Corazón, donde ejercía la docencia impartiendo clases de alemán y piano; hasta que el doctor

♦♦♦

Castellanos decidió trasladarse a Argentina, para administrar sus propiedades; primero radicaron en Santiago de Chile, y finalmente pasando por el Estrecho de Magallanes, se dirigieron a Buenos Aires donde pronto se hizo de una considerable clientela.

Amalia, además de cumplir con su función de ama de casa, volvió a dedicarse a la enseñanza del piano al mismo tiempo que perfeccionaba sus conocimientos en ese arte, en el cual deseaba sobresalir para dar gusto a su esposo, "que era un amante de la música". Sin embargo, parece que el matrimonio no era su destino, pues el 4 de noviembre de 1889 —¡un año tan sólo había transcurrido!— se enfrenta de nuevo a la viudez.

Decide regresar a Colima, y una mañana sale de Buenos Aires en compañía de su cuñada Adela y de Rafael Vargas, un mozo de Colima que, cumpliendo las órdenes de don Agustín Schacht, "nunca se separaba de ella". "Fue un viaje penosísimo", durante el cual estuvieron expuestos a innumerables peligros. Tomaron el tren hasta la última estación en la Cordillera de los Andes, donde adquirieron mulas para atravesar las montañas y llegar a Valparaíso; pese a lo arriesgado de la empresa y después de muchos días de caminar, los tres viajeros llegaron a su destino, donde "los recibieron con afecto y admiración de que hubieran hecho ese viaje tan atroz en el que habrían podido perder la vida".

Según Amador Velasco, Amalia había sentido la vocación religiosa cuando tenía quince años, pero su padre le había recomendado: "haz la caridad aquí en tu casa, que bien tienes en qué ensayarla con tus hermanas". Ante esa negativa Amalia desistió de sus deseos, pero ahora con 28 años, doblemente viuda y sin hijos, volvió o pensar en tomar los hábitos, sobre todo al frecuentar a las religiosas del Sagrado Corazón en Valparaíso y ofrecerles sus servicios como profesora. En esta congregación religiosa, la madre superiora al ver su tristeza, le aconsejó lo conveniente de regresar con su familia, ya que si Dios quería que lo sirviese, bien lo podría hacer en su comunidad, es decir, en México.

Amalia retornó a Colima, donde llevó una vida retirada y de trabajo. En 1892 falleció su padre y la familia se vio obligada a dejar la fábrica, que había sido también su hogar desde 1887, "por haber quedado en otras manos". Ella quedó a cargo de sus hermanas, ya que su hermano tenía su propia familia; con su hermana Concepción, que era una "notable pianista", organizaron un coro de jovencitas para el templo. Además, Amalia tuvo a su cargo la dirección de la clase de música del Colegio de La Purísima y continuó impulsando el gusto por el arte musical entre sus alumnas, aumentando el desarrollo artístico en Colima, en donde "las jóvenes y los jóvenes colimenses en los bailes parecían una visión de leyenda alemana..." [Chavero, 1904; 97].

Aparentemente, su vida transcurrió sin más sobresaltos, dedicada a la enseñanza en materia musical, hasta una noche, cuando orando ante el Santísimo, un quinqué cayó sobre su vestido (llevaba un hábito), que se prendió con el fuego y, de acuerdo con los relatos de los que asistieron a su agonía, fueron tan fuertes las quemaduras que las varillas de su corsé quedaron incrustadas en su carne. Cinco días después falleció, "sin quejarse una sola vez", ante el asombro de su confesor, el señor Amador Velasco, que la instaba a que lo hiciera. Fue enterrada en el Hospicio de Colima.

III. Conclusiones

a) Influencia alemana

En Colima, la influencia germana fue más importante de lo que hasta hoy se había supuesto, trascendiendo el ámbito económico y reflejándose en conductas, actitudes, aportes culinarios y otros aspectos de la vida cotidiana que contribuyeron a forjar el "modo de ser social" colimense en el siglo XIX. Sin embargo, es un asunto que es necesario profundizar, dado que en Colima se encuentran influencias de lo más variado, empezando por las propias de los habitantes más antiguos, los indígenas, luego las de Europa, a través de España primero y más tarde de Alemania y Francia, sin dejar de lado las que llegaron de Asia y África. Colima ha sido un cruce de caminos *(carrefour)* donde las culturas más variadas se han encontrado.

b) Enfoque de género

Según algunos viajeros, a causa de la influencia de las familias alemanas, las costumbres se modificaron y los modales se pulieron, aunque el honor se debe "principalmente a las damas colimenses, cuya inteligencia, buena voluntad y amabilidad les han dado un rango distinguido"; eso sin restar importancia al efecto del comercio en sí mismo, la economía y actividades como el teatro que permitía la difusión cultural entre un amplio público, sin restringirse a una clase social ni a un género particular.

Otro aspecto notable es la instrucción de la clase femenina obrera, las razones de la cual eran posiblemente económicas, al buscar contar con una fuerza de trabajo más barata; pero el resultado fue la formación de un grupo de mujeres que aprendieron a valerse por sí mismas y buscaron su superación personal hasta el grado de viajar a San Francisco, California, en

♦♦♦

Estados Unidos, e invitar a otras a que siguieran sus pasos.

Por otra parte, desde mediados del siglo XIX hasta a inicios del XX, es posible notar la importancia de formar profesoras, egresadas de escuelas normales, tanto del estado como de la iniciativa privada. Cabe preguntarse cuál fue la causa de un aparente estancamiento de ese proceso educativo que apuntaba hacia la superación de la mujer colimense.

La breve biografía de Ana Amalia Schacht permite analizar la cuestión de género en relación con la educación en Colima en el siglo XIX. Poco sabemos de ella, y casi toda la información se sustenta en un documento que deja en su familia un sentimiento de perplejidad tal que trasciende hasta sus sobrinos-nietos; una vida que debió también asombrar al obispo Amador Velasco, pues no pudo dejar de escribir sobre ella. En síntesis, ¿Qué sabemos de esta mujer? Fue católica, posiblemente por la influencia materna en primer término, pese a que el abuelo era pastor protestante, posiblemente luterano, y recibió instrucción en materia de religión por un sacerdote católico a petición de su madre. Su formación, considerando la época, fue bastante amplia; a los 6 años ya sabía leer, a los 14 años era capaz de programar los cursos para sus hermanas y pudo continuar estudiando materias que no formaban parte del *curriculum* femenino, dominando tres idiomas: español, alemán y francés, así como algo de inglés; lenguas que posiblemente practicó, ya que en Colima radicaban personas originarias de países que las hablaban. Manifiesta constante deseo de superación, pues ya casada continúa estudiando música, de acuerdo con el obispo Amador Velasco para agradar a su esposo, que es posible que quisiera hacer hincapié en las virtudes femeninas de Ana Amalia. Sin embargo, algo vio en ella cuando acepta ser su maestro en filosofía, pues si comparamos con el proyecto de De la Vega y con el pensamiento decimonónico común, ese tipo de formación no se contemplaba en la educación femenina.

Es una educadora a lo largo de su vida: jovencita como profesora de sus hermanas, luego en la Escuela Superior de Niñas y, años después, organizando un coro niñas e impartiendo clases de música en un colegio de enseñanza privada. Por último, quedan muchas preguntas, indudablemente, pero consideramos que esta investigación tuvo la virtud de abrir una puerta para contemplar algunos aspectos sobre la educación en Colima y sus rasgos en relación con el género, objeto que se puede retomar en estudios posteriores. ♦

Fuentes bibliográficas

Entrevistas:

Sra. Enriqueta Schacht de Schulte (1992). Sobrina-nieta de Ana Amalia Schacht. Colima.

Sra. Esperanza Orozco de Olea (2004). Ex alumna del Colegio La Paz (edad: 94 años) Colima.

Sr. Jorge González Flor (2004). Nieto de Christian Flor y Stephanía Meillón (edad: 96 años). Colima.

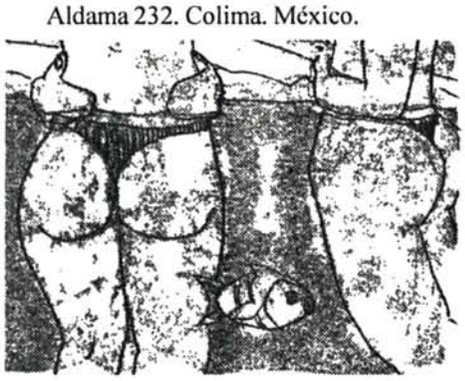
Prof. Gregorio Macedo (2004). Colima, Col.

Documentos:

ICC, Archivo del Instituto Cultural de Colima.

José Amador Velasco Peña (1899). Manuscrito

La Voz de mi Colegio, 1955, época I, año II, números citados. Órgano mensual de las ex alumnas del Colegio J. Jesús Ursúa. Aldama 232. Colima. México.



Bibliografía

Acuña, Cepeda Mirtea E. (1993). *Cien años de agricultura en Tecomán, Colima: 1857-1957.* Tesis de maestría en historia. F.C.P. y S., Universidad de Colima, México.

Aguayo, Figueroa Ismael (1973) *Colima en la historia de México: La Reforma.* Talleres gráficos de México, México.

Castañeda, Campos Dhylva L. (1988). "La fiebre amarilla y sus repercusiones", en: Romero de Solís J.M. (dir.). *Los años de crisis de hace cien años. Colima, 1880-1889.* Universidad de Colima / Ayuntamiento de Colima. Colima, México. pp. 113-159.

Castañeda, Campos Carmen Silvia (1988). "Intelecto Débil y corazón piadoso: educación femenina según Ramón R. de la Vega", en: Romero de Solís (dir.), *op. cit.*, pp. 161-173.

Chavero, Alfredo (1904). "El Manzanillo, el Colima", en: Ortoll Servando (1987), *op. cit.*, pp. 63-103).

Evans, S. Alberto (1871) "Una visita de gala a Manzanillo y Colima", en: Ortoll Servando (1987), *op. cit.*, pp.105-156.

Foosey Mathieu de (1857). "Por los rumbos de Colima", en: Ortoll Servando (1987), Compilador. *Por tierras de cocos y palmeras. Apuntes de viajeros a Colima, siglos XVIII a XX.* Instituto Mora. CEOSA. México, pp. 47 a 62.

Floey John Adrián (1988) "Geografía, economía y sociedad", en: Ortoll Servando (1988), Coordinador. *Colima, una historia compartida.* SEP-Instituto de investigaciones Dr. José María Luis Mora. México, pp. 45-62.

León Morales Ramón (1995). *La instauración de la Educación Pública en Colima, pugnas y conflictos (1830-1876).* Tesis de maestría en Historia. U. de C. Colima, México, 178 pp.

Ortoll Servando (1988). *Colima, textos de su historia.* SEP-Instituto de investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, tomo I.

Lewis, Geiger John (1874). "De Manzanillo a Colima, 100 años atrás", en: Ortoll Servando (1987), *op. cit.*, pp. 177-221.

Romero, Aceves Ricardo (1984).*Colima ensayo enciclopédico.* Costa Amic Editores, México, 492 pp.

Romero, de Solís José Miguel (1988). "Extranjeros en Colima: el caso del barón de Brackel-Welda", en: Romero de Solís J.M. (dir.), *op. cit.*, pp. 45-68.

Torres, Quintero Gregorio (s/f) *Cuentos colimotes.* Editora Matilde Gómez Cárdenas, México, 319 pp.